

CULTURA Y POBLACION

en América Latina

Isabel Hernández
Enrique Gomáriz
• EDITORES •



312

P69p

Población y Cultura / ed. por Enrique Gomáriz e Isabel Hernández.-- 1. ed.--
San José: Flacso, Secretaría General
- FNUAP, 1996.

210 p.

ISBN 9977-68-073-6

1. Población. 2. Cultura. I. Gomáriz, Enrique. II Hernández, Isabel. III Título

311
412 p
9.3

4534

CULTURA Y POBLACIÓN EN AMÉRICA LATINA es una publicación de la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Equipo de Apoyo del FNUAP-Oficina para América Latina y el Caribe (EAT-FNUAP-ALC)

Editores: **Isabel Hernández**
Enrique Gomáriz

Diseño Gráfico: **Juan Carlos Retana**

Impresión: **Litografía Diseño Creativo**
San José, Costa Rica.

© 1996. FLACSO / EAT-FNUAP-ALC

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	9
PARTE I La Identidad Cultural y la Investigación Sociocultural en Población	13
IDENTIDAD CULTURAL Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA DESDE UNA PERSPECTIVA COMPARADA.....	15
Enrique Gomáriz Moraga	
REFLEXIONES Y PRECISIONES SOBRE LA IDENTIDAD Y LA IMPORTANCIA DE LA PERSPECTIVA SOCIOCULTURAL EN LOS ESTUDIOS DE POBLACIÓN.....	49
Dina Krauskopf <i>Comentarios a la presentación de Enrique Gomariz</i>	
POBLACIÓN Y CULTURA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: APORTES DE LA INVESTIGACIÓN SOCIOCULTURAL EN POBLACIÓN.....	57
Isabel Hernández	
CRÓNICA DE UNA RELACIÓN ANUNCIADA.....	73
Sergio Villena Fiengo <i>Comentario a la presentación de Isabel Hernández</i>	

PARTE II

Espacios temáticos y

Propuestas Metodológicas..... 79

CULTURA Y POBLACIÓN..... 81

René Poitevin

¿ QUÉ EDUCACIÓN

PARA ESTE FIN DE SIGLO ?..... 89

Daniel Filmus y Guillermina Tiramonti

AJUSTES INNOVATIVOS APROPIADOS A LOS NUEVOS PROCESOS CULTURALES EN LATINOAMÉRICA.....105

María Inés Pérez de Castaños

POSIBILIDADES DEL ENFOQUE ANTROPOLÓGICO EN LOS ESTUDIOS DE POBLACIÓN: LA PROBLEMATIZACIÓN DEL VÍNCULO

AGENTE-DESTINATARIO 117

Rosalía Vinocur

SISTEMATIZANDO

VUELTAS Y REVUELTAS,

EL COMPUTADOR EN MEDIO..... 151

Juan Carlos Vargas

FECUNDIDAD, CULTURA

Y DERECHOS REPRODUCTIVOS 163

Teresa Valdés y Jacqueline Gysling

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

del I Seminario - Taller Regional

Sobre Población y Cultura..... 189

ANEXO

Lista de participantes y Oficiales Responsables

de FLACSO y FNUAP que Ejecutaron el

I Seminario - Taller Regional

Sobre Población y Cultura 197

POSIBILIDADES DEL ENFOQUE ANTROPOLÓGICO EN LOS ESTUDIOS DE POBLACIÓN: LA PROBLEMATIZACIÓN DEL VÍNCULO AGENTE-DESTINATARIO

Rosalía Winocur ¹

Como punto de partida, se ha tomado una de las preocupaciones señaladas en el documento elaborado por Isabel Hernández, *Investigación sociocultural*.² Allí se señala, respecto a una de las temáticas que debe fortalecerse con investigaciones de campo: “La calidad de los servicios de salud y educación es un tema que ha sido objeto de múltiples análisis que han tomado en consideración factores de carácter endógeno y exógeno a la gerencia de los sistemas. Sin embargo, es muy poco lo que se ha trabajado en la línea de ofrecer una perspectiva innovadora de carácter antropológico capaz de esclarecer las redes de comportamiento institucional y aportar información sobre las conductas del personal de tales servicios. Nos parece de singular importancia proponer una línea de investigación que apunte al análisis de las instituciones (familiares, comunitarias, religiosas, políticas, etc.) y a su vinculación con los servicios asistenciales. Esto permitiría, a su vez, transformar, el trabajo de campo etnográfico en una forma de intervención institucional.”

En efecto, una de las ausencias más graves en el estudio y evaluación del impacto de distintas políticas de desarrollo poblacional es la falta de problematización del vínculo entre promotores-agentes y destinatarios-beneficiarios, en el contexto de las instituciones donde se desarrollan los programas.

Si bien en la interpretación de la transición demográfica los estudios clásicos de población implícitamente se refieren a las instituciones responsables de instrumentar los

¹ Investigadora de FLACSO-México. Licenciada en Ciencias de la Educación.

² Isabel Hernández, *Investigación sociocultural* Serie Población y Desarrollo, nº 1, Equipo de Apoyo del FNUAP-Oficina para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, junio de 1994, p.45.

programas -en particular cuando establecen relaciones causales entre procesos de desarrollo, modernización y variables tales como educación, estatus social, mortalidad, natalidad, migración, etc.-, estas referencias no toman en cuenta la dinámica concreta que se establece entre dichas instituciones y las familias beneficiarias, y mucho menos consideran la respuesta de la población a los cambios y modalidades de intervención propuestos, y a la forma en que se internalizan los discursos sobre control de la fecundidad y salud reproductiva.

Desde esta perspectiva, una aproximación antropológica permitiría dar cuenta de la complejidad existente en la relación entre agentes y destinatarios de políticas poblacionales. Ello, a partir de una indagación relativa al modo en que esta lógica de interacción -más que las instituciones encargadas de los programas consideradas unilateralmente- incide en los comportamientos reproductivos y en la apropiación simbólica de nuevos valores y normas.

Por una parte, este enfoque nos sitúa de manera analítica en el espacio de intersección simbólico generado por los intercambios y transacciones entre los sentidos y prácticas de agentes y destinatarios. Por la otra, permite pensar las acciones y los conocimientos de los sujetos, sin que tengan necesariamente el grado de coherencia y de efectividad que la teoría cultural les atribuye con frecuencia: "La concepción del mundo y la práctica generalmente son incoherentes y contradictorios; coexisten sentidos divergentes en ellas, cuyas razones se encuentran sólo en el rastreo de su historia."³

En México, una investigación de este tipo mostró cómo, a partir de un proceso de transacción de significados, se fue legitimando la práctica anticonceptiva en una población ubicada en la zona henequenera del Estado de Yucatán.⁴ Lo interesante de esta experiencia -que no se produjo en los tiempos ni en la forma prevista por los objetivos del programa de planificación familiar (PPF)- es el estudio de los mecanismos a través de los cuales médicos y promotores de salud incorporan en sus estrategias de PF los discursos de las familias sobre el deterioro de la economía doméstica, posibilitando una interrelación que contribuyó a legitimar la PF y sobre todo su eficiente difusión. A partir de entrevistas en profundidad que se realizaron con 40 mujeres y 40 agentes clave de la zona, se reconstruyó

³ *Ibid.*, p.40.

⁴ S.Lerner y A.Quesnel, "Instituciones y reproducción. Hacia una interpretación del papel de las instituciones en la regulación de la fecundidad en México", en *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, El Colegio de México, 1991, p.92.

la dinámica de transacción entre unos y otros, lo cual permitió comprender -y problematizar- la relación entre las acciones de PF, las condiciones materiales de las familias involucradas, los patrones culturales que subyacen al comportamiento reproductivo y la evolución de las prácticas y modalidades anticonceptivas, en la medida en que ellas expresan también la internalización de los programas y acciones de las instituciones.⁵

En este sentido, el control de la natalidad no puede explicarse como un efecto mecánico y unilateral de la aplicación del programa, sino como el resultado de una serie de factores asociados a las condiciones materiales de vida de las familias que indujeron cambios en su organización y en las relaciones entre sus miembros, así como en la representación del papel de los hijos en las unidades domésticas, afectando en consecuencia los patrones culturales que subyacen a las prácticas reproductivas.

Otra investigación,⁶ realizada desde la perspectiva antropológica sobre recepción de políticas culturales en la transición democrática argentina, muestra la importancia de considerar como dimensiones de análisis en la evaluación de la política pública la organización simbólica del espacio y del tiempo y los supuestos que la estructuran.

Por lo general, en el diseño de la investigación de campo se percibe el espacio como un elemento suplementario, negándolo como dimensión que condiciona aspectos esenciales de la instrumentalización de las políticas, si se quiere, en la forma de lenguaje silencioso. Por ejemplo, muchos programas que funcionan en los edificios escolares hacen omisión de la experiencia de los sujetos con la institución escolar. El sentido "pragmático" de la decisión -aprovechar un espacio público y ocioso disponible- niega las mediaciones que la escuela puede establecer en la percepción de las actividades del Programa. La organización del espacio no implica sólo un ordenamiento físico de los objetos; su distribución y uso conlleva una profunda carga simbólica.⁷

⁵ Ibid., pp.90 y 115.

⁶ Aquí se tomó como estudio de caso el Programa Cultural en Barrios, creado en agosto de 1984 en el ámbito de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires (M.C.B.A.). Este programa se caracterizó por proponer la descentralización y democratización en el acceso a los servicios culturales, y simultáneamente plantear el rescate, valorización y desarrollo de las culturas locales y barriales a partir del estímulo de la producción y participación en diversos talleres de música, teatro, danza, etc. Véase, R. Winocur, *De las políticas a los barrios. Programas culturales y participación popular*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires (en prensa).

⁷ Edward T. Hall, precisando el sentido simbólico del uso del espacio, dice que "el lenguaje silencioso es una traducción, no de un lenguaje a otro, sino de una serie de formas de comunicación (complejas, no verbales, dependientes del contexto) a palabras [...] No se trata sólo de que la gente 'hable' entre sí sin utilizar palabras, sino que hay un universo completo de comportamiento que está sin explorar, sin examinar, y que en gran medida se da por supuesto. Funciona aparte del conocimiento consciente y en yuxtaposición a las palabras". *El lenguaje silencioso*, Colección Los Noventa, CONACULTA-Alianza Editorial Mexicana, México, 1990, p.7.

Otro tanto puede decirse acerca de la premisa operativa e ideológica que sustenta la mayoría de los programas realizados por los Estados latinoamericanos a partir de los años ochenta, y que prácticamente no es objeto de investigación: el tema de la congestión. Como es bien sabido, la crisis económica de principios del decenio de 1980 cuestionó severamente el modelo de desarrollo que sustentaba el Estado benefactor, y en consecuencia replanteó la política de intervención y desarrollo estatal. Como alternativa, se pusieron en marcha diversos proyectos para promover la autogestión de los destinatarios en la solución de problemas relacionados con áreas prioritarias de desarrollo social, tales como salud, vivienda y educación. A partir de un diagnóstico de “baja”, “poca”, “escasa” o “nula” participación, incluyeron entre sus objetivos fundamentales generar o promover nuevas prácticas participativas que apuntarían a democratizar el tejido social. Desde esta perspectiva, entienden la participación como un problema de modalidades o grados, y no como un concepto que involucra prácticas sociales y representaciones culturales acerca del poder y de la autoridad, altamente legitimadores del orden social existente. Tampoco se considera como variable de análisis la experiencia de los sujetos con el Estado benefactor-populista, que se ha caracterizado tradicionalmente por vínculos de tipo paternalista, autoritario, asistencial y clientelista, lo cual inevitablemente mediatiza la percepción sobre cualquier programa desarrollado por esa vía, al margen de los rasgos innovadores que posea. Por último, no tienen en cuenta la propia experiencia de organización y de participación que establecen los sujetos en sus lugares de trabajo, estudio, vivienda y recreación. En este contexto de ausencia de problematización, la participación que se puede dar es esencialmente simbólica,⁸ esto es, puede generar en el sujeto la ilusión de que está participando -por ejemplo, cuando se le pide opinar sobre sus preferencias-, pero en realidad no participa en decisiones fundamentales relativas a la planificación, realización y evaluación de las políticas del Programa.

En los estudios referidos, el análisis de la dinámica de intercambios entre unos y otros también pone en evidencia que los destinatarios no son un simple disparador de reflexiones, sino que son parte constitutiva del mismo proceso. Promotor y destinatario interactúan modificándose mutua y cotidianamente, y estos actos son los que a su vez dan forma a los contenidos del programa. Esta modificación mutua no ocurre necesariamente en el sentido señalado por los objetivos de las políticas. Es decir, en muchos casos, la intencionalidad de las acciones realizadas por los programas no se corresponde

⁸ Véase esta problemática en M.T.Sirvent, “Estilos participativos: ¿Sueños o realidades?”, en *Revista Argentina de Educación*, año III, n°5, Asociación de Graduados en Ciencias de la Educación, Buenos Aires, 1984, pp.45-59.

con el sentido asignado por los destinatarios a las mismas acciones, lo cual permanentemente genera consecuencias no previstas en las metas programadas.

En este sentido, el análisis cualitativo practicado por ambos estudios sugiere un desfase constitutivo en la relación entre producción y recepción de las políticas del programa, tanto en el caso de los discursos como en el de las acciones. Los significados asignados por los promotores y agentes a sus propias acciones raramente coinciden con los sentidos que les atribuyen a esas mismas acciones los beneficiarios o destinatarios. Estas diferencias se ponen de manifiesto en: a) la valoración del proyecto (para qué sirve, lo bueno, lo malo, lo que falta, lo que habría que quitar); b) en la percepción acerca de cuáles son sus objetivos y funciones (qué se espera conseguir y de qué modo); c) en el modo de concebir, planificar y usar el tiempo y el espacio de las actividades; d) en la percepción y el conocimiento acerca de las razones por las cuales fue creado el programa, y del papel del Estado en la implementación de programas de esta naturaleza.

Este desfase entre producción y recepción de las políticas, y consecuentemente entre objetivos y resultados del programa, está vinculado estrechamente al entramado de representaciones y supuestos que, por su parte, los promotores tienen sobre la realidad de los destinatarios, y los que las poblaciones beneficiarias tienen sobre la función de los programas. Esta constatación tampoco forma parte de las preocupaciones dominantes en la investigación de las políticas, lo cual nos parece sumamente grave ya que dichas representaciones median y condicionan el alcance y la pertinencia de las políticas, las prácticas de los programas, y consecuentemente la potencia democratizadora de sus objetivos.

Lo anterior puede advertirse, por ejemplo, en el caso de los promotores cuando se refieren a los sujetos de sectores populares destinatarios de sus acciones. En el discurso, manejan una representación sobre la pobreza que se expresa como una situación estructurada de carencias, incapacidades y desventajas que sólo puede superarse mediante el esfuerzo planificado y compensatorio de la sociedad. Esta representación cultural de la pobreza⁹ conlleva una “asistencialización” de la relación entre los agentes encargados de llevar a cabo el programa y los beneficiarios pobres de sus acciones, lo cual inhibe la comprensión del complejo entramado de diferencias culturales y desigualdades sociales que mediatizan la relación entre la política pública y sus destinatarios. De este modo, el

⁹ Véase J.J. Brunner, *Apuntes sobre la figura cultural del pobre*, parte I, Documento de trabajo n°69/78, FLACSO, Santiago de Chile, junio de 1978.

diagnóstico de los destinatarios queda atrapado en la visión “enclasadada” y “enclasante” de grupo social “marginal” y “carenciado”, impidiendo advertir las diferenciaciones y estratificaciones internas, y comprender la heterogeneidad de las prácticas culturales de distintas poblaciones vinculadas al ejercicio de determinadas costumbres sociales.¹⁰

Por último, y sin que esta lista de señalamientos pueda considerarse exhaustiva en la problematización del vínculo entre agente y destinatario, es necesario llamar la atención sobre las características de la realización de los programas.

Todo diseño de política involucra racionalidades distintas. Entre la concepción y la puesta en práctica opera un proceso de resignificación constante, donde el mismo texto puede interpretarse e instrumentalizarse de maneras distintas, según se trate de un burócrata, un político, un médico, un promotor de salud o una enfermera. Y este proceso se complica con el tiempo, ya que la interacción creciente con los participantes del Programa introduce nuevos elementos, los que a su vez inciden en la interpretación de la realidad y de los criterios con los que se opera. La naturaleza de este proceso, que se gestiona fundamentalmente en la interacción creciente entre promotores y beneficiarios a lo largo de un período de tiempo, pone de manifiesto el conflictivo y sinuoso camino que atraviesan las políticas de desarrollo desde su concepción hasta su puesta en práctica. De ahí que, para el análisis y evaluación de sus acciones, es necesario objetivar las mediaciones de carácter histórico, político y cultural que se establecen cotidianamente entre el “texto” de las políticas y los espacios concretos donde un programa opera e interactúa con sus destinatarios, donde unos y otros “negocian” e “intercambian” prácticas y sentidos, a partir de representaciones distintas sobre la función y los objetivos del espacio compartido.

Este problema, evidente en la evaluación de las políticas cuando ignoran las preguntas sobre “lo que hacen los de abajo con lo que quieren hacer de ellos”,¹¹ constituye la expresión sintomática de la misma dificultad en el plano de la investigación, a la que no

¹⁰ El sociólogo francés Pierre Bourdieu introdujo la noción de “habitus” para explicar cómo se producen y reproducen ciertas prácticas sociales y culturales que caracterizan a distintos grupos en la sociedad. “[...] sistema de esquemas generadores de prácticas que expresa de forma sistemática la necesidad y las libertades inherentes a la condición de clase, y la diferencia constitutiva de la posición, el habitus, aprehende las diferencias de condición que retiene bajo la forma de diferencias entre unas prácticas enclasadadas y enclasantas (como productos del habitus), según unos principios de diferenciación que, al ser a su vez producto de estas diferencias, son objetivamente atribuidos a éstas y tienden por consiguiente a percibirlos como naturales.” *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988, p.171.

¹¹ Oscar Landi, “Campo cultural y democratización en Argentina”, en *Políticas culturales de América Latina*, Grijalbo, México, 1987, p.165.

escapa la antropología, al dejar de lado la problematización del vínculo investigador-informante. Esta disciplina, que siempre se presenta como el modelo heurístico por excelencia frente a las certezas positivistas de otras ciencias sociales, en su vertiente empirista¹² comete los mismos pecados epistemológicos en la pretensión de objetividad frente al sujeto de investigación. En la búsqueda de crear las condiciones de objetividad para el estudio de la experiencia subjetiva de los individuos en el marco de la vida cotidiana, se sostiene la neutralidad valorativa del investigador. Mientras en las “ciencias positivas” esto se consigue “interviniendo” para controlar las condiciones del “experimento social”, en las corrientes empiristas de la antropología, también llamadas “naturalistas”,¹³ es precisamente “la no intervención” la que permite observar los hechos y las interacciones sociales tal como suceden en su ambiente natural. En ambos casos, al poner énfasis en la necesidad de mantener la neutralidad valorativa del investigador, se niegan -explícita o implícitamente- como variables intervinientes en la delimitación del problema y en la elaboración de hipótesis explicativas, por un lado, la perspectiva del investigador con todo su bagaje teórico y biográfico, y por el otro, las modificaciones que resultan de la interacción con el informante en la situación del trabajo de campo.

Esta lógica empirista también afecta la selección del informante y la interpretación de su relato. En esta perspectiva, los buenos informantes son aquellos sujetos considerados portadores privilegiados del conocimiento acerca de su sociedad y cultura, que suministran datos de manera directa y no mediada al investigador, quién sólo debe escucharlo y observarlo, siempre neutral y sin presupuestos ni marcos de referencia. En ese sentido, las contradicciones entre su discurso y lo observado o enunciado por otros, más que como dato, suele tomarse como un indicador de poca confiabilidad y no como un dato revelador de aspectos propios de la dinámica social de esa comunidad.

Lo que hace y dice el informante no es ni puede ser una descripción global y mucho menos una explicación teórica de lo real. Cultura y sociedad son entidades abstractas que el investigador elabora a partir de sus premisas teóricas y de los datos producidos en el

¹² A pesar de que, como señalan A.Giddens y J.Turner, en las dos últimas décadas se ha producido un cambio radical en las ciencias sociales, donde el dominio del empirismo lógico ha declinado ante los ataques de una nueva filosofía de la ciencia que rechaza la idea de que puede haber observaciones teóricamente neutrales, y que otorga una importancia central a los problemas de significado, comunicación y traducción, el empirismo sigue actuando casi como “sentido común ilustrado” en la formación académica y en el desempeño profesional de muchos investigadores. Véase A.Giddens y J.Turner y otros, *Teoría social, hoy*, Alianza Editorial-CONCUETA, México, 1990, p.11.

¹³ J.Ruiz Olabuenaga y M.A.Ispizua, *La decodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.

campo. Ningún informante, por más especializado que sea, puede dar la información total sobre un hecho o un acontecimiento de su comunidad. De este modo, la observación de conceptos diversos y contradictorios acerca de la misma cultura o sociedad no es un obstáculo sino parte fundamental de esa realidad; son versiones que no pueden alinearse en torno a los ejes de falsedad y veracidad sino en función de posiciones estructurales delimitadas por una serie de atributos o variables, tales como sexo, edad, lugar de origen, posición en la comunidad, adscripción étnica, religiosa, política, grado de estigmatización, etc.¹⁴ En consecuencia, al estar ubicado en determinada posición social, sus comunicaciones son pertinentes a dicha posición y no pronunciadas omnicomprendivamente desde la totalidad.

El informante es parte activa de un proceso social que lo determina pero al que a su vez contribuye activamente; sus referencias revelan esta participación abierta y contradictoria, donde los disensos entre informantes y entre lo que se dice y se hace no son definiciones cerradas sino en proceso, desempeñando un papel productivo de lo real cuya lógica hay que desentrañar.¹⁵

En la perspectiva señalada, el investigador aprende a conocer no sólo lo que conocen sus informantes sino cómo llegan a conocerlo. Este proceso de interacción, que consiste en una deconstrucción de lo que se sabe de antemano y en una nueva construcción, vale tanto para el investigador como para el informante;¹⁶ no existe, pues, una perspectiva unilateral de conocimiento entre los sujetos como podría plantearse en otros aspectos de lo real y en otros campos del conocimiento científico. La diferencia reside en que los hombres configuran mundos que no son su manifestación externa sino que están preinterpretados por sus miembros y, de este modo, contruidos por ellos.¹⁷

Por otra parte, un individuo se transforma en informante al entrar en relación con el investigador; esta relación es social y se concreta en situaciones específicas, por ello, el informante suministra información condicionada por su experiencia histórica, por la posición social que ocupa y por la situación de encuentro con el investigador en la cual está implícita determinada definición de la relación en tanto relación social. Este aspecto

¹⁴ R.Gruber, *El salvaje metropolitano. Técnicas antropológicas para el trabajo de campo*, Buenos Aires, 1988, p.112.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Id.*, p.110.

¹⁷ A.Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrurtu, Buenos Aires, 1987.

es fundamental, porque está indicando la necesidad de convertir esta interacción sobredeterminada por expectativas mutuas y desencontradas acerca de la calidad y la cantidad de información en un dato que debe objetivarse junto con la información de la entrevista.

Resulta artificioso, entonces, sostener la condición de neutralidad valorativa del investigador cuando éste realiza su trabajo con un amplio bagaje -explícito o implícito- de supuestos, experiencias previas, determinada formación y origen social, intereses institucionales y particulares que predisponen la mirada sobre la realidad que se evaluará.

En ese sentido, si bien el investigador sólo puede acceder al sujeto sociocultural a través del informante de campo, el conocimiento siempre se realiza en el marco del reconocimiento físico y simbólico que éste propone para interpretar al informante. Por eso, la reflexividad del investigador y la de los informantes en el trabajo de campo resulta fundamental para reconocer al sujeto cultural.¹⁸

En síntesis, poner la demografía y la antropología en una situación de diálogo entraña considerables dificultades, ya que implica encontrar una bisagra de carácter epistemológico que permita imbricar dos lógicas de conocimiento con tradiciones teórico metodológicas disímiles.

Sin embargo -tal como parece sugerir el encuentro entre otras ciencias sociales como la demografía y la historia,¹⁹ es necesario que ambas disciplinas estén en un proceso de revisión de algunos de sus postulados básicos. El aporte de la antropología a los estudios de población, para no arriesgarse al refuerzo de una mirada etnocéntrica de los sujetos estudiados, no puede limitarse a la reconstrucción de la lógica cultural que subyace a los comportamientos reproductivos, sino que debe explorar y problematizar las relaciones sociales y los sistemas de significados dentro de cada unidad de observación y análisis, y especificar en cada caso la relación teórica metodológica planteada con el objeto de conocimiento.

¹⁸ R.Guber, obra citada, p.112.

¹⁹ "La demografía en la época preindustrial y preestadística (que en Francia se llama época moderna) se ha beneficiado de forma incontestable del efecto de tracción de una escuela histórica en plena renovación que, partiendo del estudio serial de los precios, se vio llevada a desplazar su problemática de la producción a la población, y de la población a la sociedad. Pero, como cada renovación importante de la investigación histórica, el impulso esencial vino del exterior. Vino de los demógrafos del INED cuya preocupación máxima estaba en el estudio de la baja tendencial de la fecundidad en Francia. Para distinguir no sólo las causas de esta baja sino simplemente su mecanismo, parecía necesario reconstituir su historia, y por lo tanto remontar la pendiente hasta el cambio de coyuntura, ahí donde la población francesa conocía aún índices de fecundidad estables y elevados como la mayoría de las sociedades agrarias actuales." A.Burquièrre, "La demografía", en J.Le Goff y P.Nora (Comp.), *Hacer la historia*, vol.II, Editorial Laia, Barcelona, 1985, p.82.